

mujeres choctaws, que eran bellas, dulces é inteligentes. Pero viéndose la nación en peligro de perder poco á poco todas sus tierras, se acordó que á partir del 1.º de Noviembre de 1899 dejarían de dotarse los casados de origen extranjero. Resultó de tal acuerdo una verdadera caza al matrimonio, y en el espacio de seis semanas, más de seiscientos blancos se casaron con *Squaw* de la nación choctaw.

En testimonio de la vitalidad enérgica de esos Indios de raza que no quieren morir, puede citarse la nación de los Tcherokis (Cherokees), que sufrió tantas persecuciones, injusticias y toda clase de violencias. Al principio del siglo XVIII, cuando su territorio de caza comprendía toda la parte meridional de la cadena de los Appalaches y las vertientes de esas montañas que pertenecen actualmente á los Estados de las Carolinas, de Georgia, del Alabama y del Tennessee, la cifra total de la nación tcheroki, calculada según el número de los guerreros, era de unos quince mil individuos. Durante el curso del siglo la nación aumentó una cuarta parte, á pesar de las persecuciones sucesivas y de las numerosas luchas suscitadas por las rivalidades de los Franceses y de los Ingleses. La guerra de la Independencia envolvió en su remolino á los Tcherokis, diezmándolos de nuevo, y recayeron al número de quince mil; después, durante el siguiente período de paz, aumentaron de nuevo. Llegó el período de la expulsión y del traslado de la tribu al territorio «Indio», al otro lado del Mississippi, en las márgenes del Arkansas: un primer lote de emigrantes, confiados en las promesas del «Tío Sam», consintió en partir; pero encontró el territorio concedido ocupado ya por otros Indios, los Osages. Fué preciso ante todo regular los derechos respectivos por la guerra, y luego, después de una ocupación de algunos años, hubo que defenderse contra nuevos invasores blancos. El movimiento de emigración se continuó hacia el Tejas, entonces república independiente, que les concedió tierras en las llanuras de los ríos Sabina, Angelina, Neches y Trinity, pero se las quitó pocos años después. Sobrevinieron nuevas emigraciones, nuevos combates, y la dispersión casi completa de esta fracción de la nación tcheroki, á excepción de una banda que logró franquear la frontera mejicana y encontró,

por último, asilo al sud de Guadalajara, en las márgenes del lago Chapala. Sus descendientes viven allí todavía y se proclaman con orgullo ciudadanos de la República de Méjico.

Pero el grueso de la nación permaneció en las montañas de los Appalaches. El general Scott, el mismo que después «entró en la gloria» como triunfador de Méjico, tuvo la misión de perseguir á



AVENIDA DE RIVERSIDE, CALIFORNIA

Cl. J. Kuhn, París.

los Tcherokis, de rechazarlos de valle en valle, de incendiar sus campamentos y sus mieses, de devastar sus tumbas; después de una campaña de las más arduas, que duró cinco años, consiguió desalojar á los Indios de todos sus retiros, excepto de los altos escarpes de Quallah, en los montes de la Carolina del Norte, donde vive todavía un grupo de pura descendencia tcheroki. En cuanto á la multitud de los cautivos, fué conducida lentamente, con enfermos, niños y ancianos á través de la inmensidad del territorio americano. En 1838, cuando esos desgraciados llegaron al territorio que les había sido asignado como nueva patria, habían perdido más de la mitad de los suyos y no eran más que trece mil. Pero se rehicieron poco

á poco alrededor de Tahlequah, su capital, que llegó á ser gradualmente el lugar más importante para todas las tribus indias transportadas al otro lado del Mississippi; en 1900 el número de los Tcherokis llegaba á 38,000, no comprendidos los representantes de su nación de pura raza ó media sangre, dispersados fuera de la pequeña reserva legal de Quallah y del territorio Indio, desde la orilla derecha del Arkansas, por bajo de su confluencia con el «Canadian-River», hasta el curso medio del Cimarrón¹.

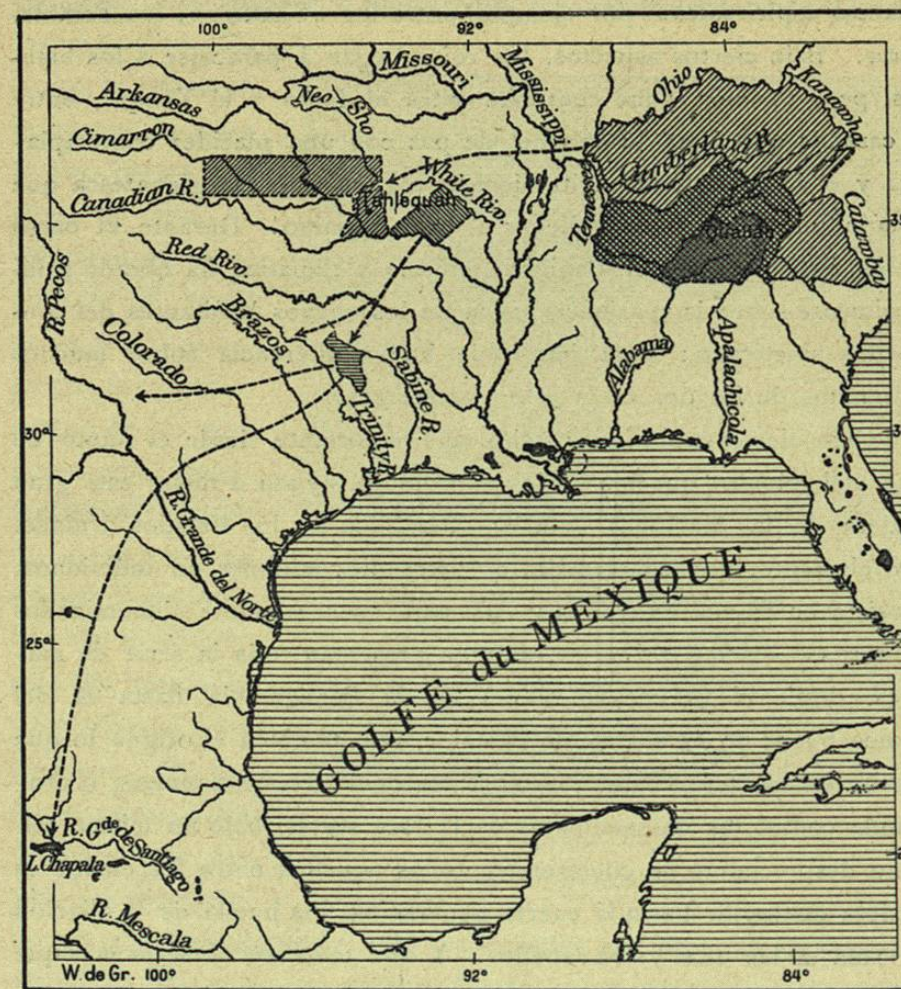
Otra prueba de la tenacidad vital de los Indios nos la suministra la evolución cumplida en ellos, bajo la influencia de sus vecinos los «Caras Pálidas», pero siempre con cierta originalidad, de que los Tcherokis nos dan todavía un ejemplo. Uno de ellos, Sequiah, habiendo comprendido la potencia intelectual que el libro aseguraba á los blancos, opresores de su raza, quiso también elevar á los suyos en la comunión del pensamiento escrito, reproducido por la impresión, pero creyó que un silabario, en vez de un alfabeto, convendría al genio de su lengua, y los de su tribu, consultados por él en gran consejo, participaron de su opinión, por lo que se acordó que en lo sucesivo los periódicos y los actos de la nación se escribirían con los signos de Sequiah: en el espacio de tres meses todos los Tcherokis se hicieron letrados en su idioma.

En concepto religioso también se hizo sentir mucho la influencia anglo-americana, hasta sobre los aborígenes, que están todavía en guerra contra los «Caras Pálidas». Surgieron numerosos Mesías que excitaban á los Indios á la lucha y perécían con ellos en los combates. Esos profetas indígenas no se limitaban á proferir el grito de odio ó de venganza contra el extranjero, sino que la mayor parte predicaban también sus ideas de reorganización social, atacando siempre lo que con justicia consideraban como la razón misma del mal, el acaparamiento de la propiedad común por el individuo privado. En estos últimos tiempos se ha hecho la más eficaz propaganda en pro de una doctrina de paz, nacida sin duda de que el Indio ha reconocido la imposibilidad de prolongar la lucha. «No obréis mal contra nadie; haced siempre el bien, no mintáis, no lloréis cuando

¹ Mooney, *Bureau of American Ethnology*, vol. XIX.

vuestros amigos sucumban, no combatáis». Tales son las enseñanzas del profeta de los Pai-Utah, Wovoka, «el Cortador», llamado

N.º 541. Territorios sucesivos y emigraciones de los Tcherokis.



1 : 20 000 000
0 250 500 1000 Kil.

En su primer éxodo, los Tcherokis bajaron del valle del Mississippi y subieron al del Arkansas, por las dos orillas.

también Kwohit-sang ó el «Gran Vientre». Y estas palabras, acompañadas de la «danza de los espíritus», han sido oídas por la mayor parte de los Indios de ultra-Missouri: una religión común les

une ¹, lo que indudablemente constituye una dirección hacia un estado de alma análoga al de los blancos americanos, en quienes la religión moderna toma también un carácter de moralidad pura, despojada de dogmas, pero se complica también con ceremonias, hasta con «danzas espirituales», por ejemplo, entre los «Shakers», los Tembladores. Bajo ciertos aspectos, los rojos llegan á parecerse á los blancos, pero también ¡qué contraste entre el Indio y el Yanqui, entre el cazador que fuma su calumet de paz con una placidez contemplativa y el industrial que agita siempre alguna empresa gigantesca que él sólo puede concebir y llevar á buen término! Durante el curso de los últimos siglos, el ambiente telúrico y climático ha obrado principalmente sobre la apariencia física de los nuevos habitantes del continente americano: sería imposible hallar diferencia sobre muchos individuos de las dos razas (De Quatrefages).

Otro elemento étnico, mucho más importante desde el punto de vista del número que los Indios aborígenes, ayuda á llenar esta gran caldera de las naciones llamada República de los Estados Unidos. Ese elemento, que comprende lo menos diez millones de individuos, consiste en la multitud de los Africanos, generalmente denominados «Negros» — *black people* —, aunque presentan toda la serie de matices, desde el del negro ouolof de la Senegambia hasta el del blanco puro; no es solamente el color, sino también el origen lo que suscita en los aristócratas los sentimientos de aversión sincera ó convenida contra los descendientes de la raza servil: bajo un mismo término despreciativo se comprenden todos aquellos entre los cuales es posible distinguir hasta la cuarta generación una huella de la filiación africana en las uñas y los cabellos. Y aun todo eso no sería más que una de esas rarezas de la humanidad primitiva y bárbara, si esa distinción no entrañase las más graves consecuencias. Á pesar de la emancipación, á pesar de la Constitución y de las leyes, la tradición persigue al hijo del esclavo; la muerte acecha á los vivos. La sociedad esclavista vencida en las batallas, condenada por las leyes, no ha abdicado, y contra todo persiste y se perpetúa bajo las formas exteriores de las instituciones nuevas. La obra de reacción contra

¹ Paul Carus, *Yahveh and Manitou*, *Monist*, Abril 1899.

el negro emancipado se manifiesta en dos tendencias cuyo término lógico es de una parte el servilismo, de la otra el exterminio.

En primer lugar, los grandes propietarios, los representantes de las Compañías mineras é industriales, los capitalistas inmigrados de los Estados del

Norte se procuran la mano de obra lo más barata posible, es decir, se esfuerzan en hacer trabajar al negro de la comarca mediante los simples gastos de su manutención, escatimados al último extremo: es en verdad la esclavitud sin la obligación de mantener á los niños ni á los ancianos. Se recurre, pues, á las complacientes le-



SEQUIAH (SEQUOIA), INDIO TCHEROKI
De un retrato ejecutado en 1835.

pretes más complacientes aún, para hallar las fórmulas jurídicas en virtud de las cuales se podrá obligar á los trabajadores negros á residir en la plantación, en la cantera ó en la fábrica y á aceptar salarios de hambre; naturalmente se hallará también alguna ingeniosa forma legal para despojar del derecho de voto al desgraciado *nigger*. En algunos Estados, como en Florida, se salvan muy hábilmente todas las dificultades, haciendo condenar, por contravenciones diversas, á los negros válidos que se necesitan; después los directores de la cárcel los prestan á los empresarios para el trabajo forzado. Así el Estado paga y los capitalistas obtienen la doble ventaja de aumentar sus beneficios y destruir la fuerza de las asociaciones obreras compuestas de blancos.

Pero el odio puro, brutal, instintivo se manifiesta también en muchos puntos, donde quiera que haya negros culpables de algún delito, ó donde pesa sobre ellos alguna acusación no probada ó alguna sospecha. Hay ciudad que los expulsa en masa prohibiéndoles pesentarse jamás en su territorio; en algunas poblaciones se incendia el barrio donde residen ó la cárcel donde se les encierra y se rechaza á los fugitivos hacia el foco del incendio. Por todas partes se toma la precaución de impedir que las gentes de la

Cl. del *Globus*.

ALGUNOS «SEÑORES DE COLOR»

De izquierda á derecha, un director de escuela, un hombre político, un obispo.

casta despreciada puedan manchar con su contacto á los nobles hijos de Jafet, en los ómnibus, los trenes, los teatros, las escuelas, las iglesias. Por último, en los casos graves, sobre todo en asuntos de costumbres, han llegado á ser tan corrientes las horribles prácticas del tormento, que puede considerárselas como formando parte de la legislación local. El negro culpable ó considerado como tal es desollado vivo, recortado, disecado parcialmente, quemado á fuego lento, ó fusilado en detalle; se busca el modo de hacerle sufrir como obedeciendo al impulso de un obscuro atavismo iroqués; después, muerta la víctima, cortada en trocitos y reducida á cenizas, los asistentes toman cada uno su parte y la conservan preciosamente en su casa para recordar el placer de la venganza. Á eso se llama la «justicia del pueblo».

Es natural que los negros, que viven en el temor de las violencias y de las batidas, se agrupen para la defensa ó se preparen

á la huida. ¿Pero á dónde huirán? ¿Qué ciudad, qué Estado les darán hospitalidad franca? ¿Dónde serán recibidos como ciudadanos?

Muchos proyectos de éxodo hacia el Africa madre se agitan y se discuten entre sus hijos perseguidos. Así como los Judíos se remueven febrilmente en vista de una vuelta en masa hacia la «Montaña de Sión» y, sin embargo, permanecen en inmensa mayoría en los países de los Gentiles donde han nacido, donde viven sus familias, donde se desarrollan sus negocios, así también los negros de los

Cl. del *Globus*.

ALGUNOS «SEÑORES DE COLOR»

De izquierda á derecha, un periodista, un médico, un pintor.

Estados Unidos hablan de emigrar por millones hacia la república de Liberia, hasta de reconquistar sobre las potencias europeas el inmenso continente negro y hacerse los organizadores de un Africa para los Africanos; pero continúan residiendo en la tierra que poseen, donde tienen sus recuerdos, sus amistades y aun sus esperanzas, porque, á pesar de sus antiguos amos, se han hecho completamente Americanos por la lengua, la educación, la manera de pensar, hasta por el patriotismo con todas sus preocupaciones. Entre los planes de porvenir político con que se entretienen apasionadamente los negros de los Estados existe un proyecto de conquista haitiana: con gran satisfacción imitarían en sus anhelos violentos á los Americanos de raza blanca y se envanecerían á su vez de plantear una civilización superior á unos pueblos hasta entonces desheredados. Visitando á los negros norteamericanos y

hablando con ellos, admira ver cuán mínima es su parte de originalidad en el conjunto de la nación que, después de haberles formado, moldeado y penetrado de su espíritu, trata, no obstante, de rechazarlos, de desembarazarse de ellos. ¿Cómo no habrían de transformarse en puros Americanos los hijos de los esclavos, puesto que les habían despojado del habla materna, de su nombre y de todo recuerdo del país de origen? ¿Á qué hombres podría aplicárseles mejor que á los de esta nación sin memoria de la patria, el término de «desarraigados»?

Pero, dígame lo que se quiera, la población de los Estados Unidos, roja, blanca y negra, se prepara á la evolución aborrecida de la «miscegenación». Por abajo principalmente se hará la unión de las razas. Muy diseminados sin duda, entre los hijos de los abolicionistas hay hombres de corazón que, sabiendo elevarse sobre las preocupaciones del color y de la casta, no temen fundar una familia cuyos hijos mezclarán quizá una sombra ennegrecida al carmín de sus mejillas; pero en las grandes ciudades donde las multitudes se estrechan cada vez más, las mujeres extranjeras, Irlandesas, Alemanas y Eslavas no se dejan dominar siempre por irracionales repugnancias, y más de una entre ellas acepta ser la compañera del negro de quien admira su buen aspecto, su fuerza y su bondad. Por último, hasta entre los Americanos nativos, la miseria suele asociar á los desgraciados de ambas razas. En el gran ejército de las reivindicaciones, blancos y negros marchan juntos, la participación en el extremo sufrimiento «hace desaparecer hasta las distinciones de color»¹. No en vano ya, hasta en los Estados del Sud, escritores valerosos como Georges W. Cable han reclamado para los negros todos los «privilegios», es decir, todos los derechos, incluso el del matrimonio con los blancos². Además, ese cruzamiento de las razas es la condición exigida para que los emprendedores Yanquis puedan obtener de hecho en toda la América, de poblaciones tan profundamente mezcladas, la preponderancia moral que creen corresponderles.

Entre tanto, disponen de una superioridad material absolutamente incontestable. Ante todo, en el interior, por el predominio

¹ *Old creole days.*

² Hamlin Garland, *A Member of the third House.*

del número, que cada año se hace más abrumador, gracias á un doble fenómeno: de un lado la inmigración continua, y del otro el exceso de los nacimientos sobre las defunciones en todas partes, excepto en las familias americanas de la Nueva Inglaterra. Á decir verdad, las estadísticas «vitales» de los Estados Unidos son muy incompletas, pero los censos decenales no permiten dudar del aumento normal de los Americanos: de 1890 á 1900 la población blanca aumentó en 11.800,000 unidades, mientras no hubo más que 3.700,000 inmigrados durante el mismo tiempo, ó sea un tercio tan sólo del aumento total. Evidentemente esos recién llegados no se hacen Americanos sólo por su desembarco; la estadística de la inmigración, llevada con gran cuidado, evidencia que los diversos países de Europa tienden á reconstituirse al otro lado del Atlántico. Año tras año, los Croatas, Rutenos, Eslovacos y Magyares se dirigen en mayoría hacia la Pensylvania, los Tcheques al Illinois, los Rumanos al Ohío, los Escandinavos al Minnesota, los Portugueses al Massachusetts, en tanto que los Italianos del Sud y los Judíos se establecen en New-York. Á pesar de los esfuerzos constantes de los gobernantes americanos, se forman «colonias», que, al tipo del aumento actual, pueden en determinadas circunstancias constituir un peligro para la Gran República. Sin embargo, la mezcla continua de las poblaciones, la educación de los niños en una lengua única y sobre todo la acción persistente de un mismo medio geográfico hacen de la nueva Europa una agrupación humana menos heterogénea que la del Mundo Antiguo.

Los Americanos del Norte gozan al exterior de un prestigio inmenso; no necesitan para conservarlo tener en pie de guerra formidables ejércitos permanentes compuestos de muchos miles de hombres con todos sus accesorios guerreros; no obstante, también se entregan á las fantasías, á la vanagloria y á los gastos sin razón de la «paz armada»; también quieren tener una flota que les permita izar con orgullo su bandera en todos los mares del mundo. Pero á su ejército, á su flota, pueden, á la primera alarma, añadir fuerzas avasalladoras para lanzarlas contra todo presunto enemigo, Alemán, Inglés ó Ruso; á este respecto no deben abrigar temor alguno; al contrario, ellos son los temidos, los considerados, y los que en